

A los ocho días del Nacimiento de Jesús, La Iglesia celebra, junto con el inicio del nuevo Año civil, EL DOGMA DE LA MATERNIDAD DIVINA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN. Celebra también desde hace años LA JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ.

Sigamos muy metidos en Belén, disfrutando de los regalos de la contemplación del Niño, emocionados por los dones maravillosos que nos trae, aunque la mirada de corazón se centre más ahora en el misterio inefable de la VIRGEN MADRE.

Misterio es la Encarnación y misterio es la Virgen Madre. Es el amor de Dios Padre que envía a Su Hijo al mundo (Jn 3,16; 1 Jn 4,9) para nacer de Mujer cuando vino la plenitud de los tiempos (Gal 4,4).



1. El misterio de la Virgen Madre refleja el misterio de mi vida de bautizado

El rayo de luz se viste de los colores del cristal que atraviesa. Así, Jesús Niño, al nacer de la carne purísima de María, se colorea de la fragancia de su virginidad. Los más atractivos colores de la tierra desaparecen ante la belleza de Jesús que nace revestido de la suavidad y dulzura de la Virgen Madre. Esta alegoría es de San Buenaventura, pero el pensamiento ya lo había expresado en pocas palabras el genio de San Agustín. *"La nobleza del que nace resplandece en la virginidad de la Madre; y la nobleza de la Virgen brilla en la Divinidad de su Hijo"*.

Este Misterio de la Virgen-Madre es consecuencia y expresión maravillosa del misterio de la Encarnación, y también lo es el misterio del alma-iglesia, esposa de Jesús: es **Dios viviendo en mí**, Dios abrazando mi vida hasta transformarme en Él.

En efecto, así como el rayo de sol se filtra a través de los ventanales de las vidrieras en nuestras viejas catedrales, y esa luz única enciende variopintos colores que iluminan misteriosos arcos y bóvedas... así el Verbo hecho carne ilumina el misterio de la Virgen Madre, el del alma-iglesia, esposa de Jesús, el misterio de toda alma de todo bautizado, de todo hombre que en la Encarnación *"vuelve a encontrar la grandeza, la dignidad y el valor propios de su humanidad"*.

Es éste un ¡abismo inefable! El alma-iglesia, esposa de Jesús, es decir tú y yo que somos hijos de Dios por el bautismo, estamos llamados a profundizar cada día más en él. ¡Pero para saborearlo y penetrarlo hay que contemplar, como María, a Jesús Niño! La Virgen Madre y San José, el esposo virginal de María, nos invitan a bucear hondo en nuestra vocación de bautizados. Nadie nos puede ayudar tanto en esto como ellos; lo están deseando. Cristo se encarna y vive sus misterios prolongándonos en mí. Esta es la

vocación cristiana: transformación en Cristo, prolongación en mí del misterio de la encarnación. Y el modelo perfectísimo y sublime es María, la Virgen Madre.

Acercándote a José y a María, háblale así, desde el corazón, al recién nacido:

En Tus ojos de Niño, en tu mirada de cielo descubro, Jesús, la imagen más bella, el retrato más acabado de mi llamada a la santidad, de mi vida cristiana. No sabría en qué consiste si no Te mirase a Ti. En el Pesebre me enseñas que bautismo es apertura plena al Padre, unión íntima del hombre con Dios... Jesús Niño, en Ti, conducido por el Espíritu Santo, descubro la inexplicable unión que hay entre el Verbo y Tu naturaleza humana. El Verbo, Sabiduría Eterna, es el Esposo. Se elige una esposa, una naturaleza humana. El seno virginal e inmaculado de María es el tálamo nupcial donde se realiza esta inefable unión. Es tan inefable y elevada que sólo el Espíritu Santo puede hacerla. Es tan íntima que la sella el Amor sustancial. ¡Con qué cariño quiero mirarte en estos días, y siempre! ¿No me dice Santa Teresa que contemplarte "ha de ser el medio para la más subida contemplación"?

Niño Jesús querido, ¿qué tiene Tu rostro que cada vez que te miro me parece más hermoso? Tu mirada me fascina, Tu sonrisa me enamora, Tu divino amor me devora.

Mirándote comprendo que no hay unión más íntima ni abrazo más estrecho, fuera del lazo inefable que liga a las Tres Divinas Personas, que el que une Tu Humanidad al Verbo. Ahora comprendo a Santa Teresa. Me doy cuenta de que "todo nuestro bien y remedio es la Sacratísima Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo", pues en Ella está el ejemplar y modelo de un bautizado que se toma es serio su bautismo.

2. María, Virgen y Madre, en contemplación

➤ María asombrada

La capacidad de asombro indica la medida del **amor**. Me asombro ante este misterio inefable del Amor naciendo, que no es un hecho que sucedió hace algo más de veinte siglos. Ningún misterio de la vida de Jesús es algo pretérito. Un cristiano profundo sabe que la gracia del misterio opera en mí transformándome en Cristo cada vez que los ojos del alma se abren y el corazón, quedándose en soledad, se deja envolver por la gracia.

María en la gruta de Belén no sale de su asombro, de su éxtasis... pero con un inmenso agradecimiento al Padre de los cielos. No puede olvidar cómo, de repente, al recoger su mirada, contempló que entre sus brazos maternos florecía una Vida, nacía una Flor: ¡Jesús Niño! Sus ojos se llenaron de lágrimas, su corazón de emoción y ternura...

Se asombra, se admira, no deja de dar gracias... Te enseña a asombrarte, a agradecer, a adorar, como enseñó a San José. Ponte muy cerca de Ella, y rézale así:

—«Contágame, Madre, esa capacidad de admiración que tú tienes. «¡Dios te salve! Tú estás ya en el cielo contemplando esa Humanidad gloriosa sentada a la derecha del Padre, refulgente por toda la eternidad, que un día tuviste en tus entrañas virginales y con la que después conviviste 30 años en la tierra. Estás extasiada en la belleza de tu Hijo divino Jesucristo. Eres Madre de la Iglesia, Madre mía, por eso me enseñas ahora a asombrarme contemplándolo en tu regazo maternal recién nacido en Belén. Contágame también a mí, como hiciste con San José y con los pastores, un amor muy grande a ese Niño recién nacido de tus virginales entrañas».

✓ Ama, adora, se ofrece

Pero María también **ama, adora, y se ofrece** ante el misterio de la encarnación y del nacimiento, en el que Ella está teniendo un protagonismo verdaderamente divino. Experimenta una alegría inefable e incontenible. Comprende, mirando al Niño, que han sido necesarios tantos sacrificios y tantas renuncias hasta llegar a Belén. Ahora experimenta con San Juan de la Cruz que «*para venir a poseerlo todo*» no hay que querer «*poseer algo en nada*». Y «*para venir del todo al todo, has de dejarte del todo en todo*» (Poesías. Versillos del Monte de Perfección).

Ama con amor tierno y con toda su inmensa capacidad de amar. Su corazón es tal que dice el Santo Cura de Ars que todos los corazones de todas las madres juntos en comparación con el de la Virgen no pasan de ser un bloque de hielo...

Ama y adora: es decir, reconoce en ese Niño no sólo a su Hijo, sino también a su Dios. Por eso después de tenerlo en su brazo estrechándolo contra su corazón, tiene el impulso interior de ponerlo en el pesebre y postrarse ante Él en adoración.

Y, por fin, se **ofrece**... es su Fiat permanente y creciente en intensidad de deseos de darse del todo desde el día de la Anunciación. Su corazón arde en el más puro e intenso amor divino.

✓ Conservaba, ponderaba, estaba

El Evangelio sintetiza la vida de María en tres verbos en pretérito imperfecto, que denotan continuidad en la acción, permanencia:

María *conservaba*, María *ponderaba* y María *estaba*... Son palabras fuertes, médula da la vida de los grandes santos, que han sido y son el séquito grandioso de Jesús niño.

Primero **conservaba**, pero para conservar hace falta **observar**. Y la capacidad de observación la solemos tener un poco atrofiada por las prisas y los ajetreos de la vida moderna. Nos falta el reposo psicológico del alma profunda que admiramos en la Virgen y en San José. Ella lo contagia a todo el que se le acerca. Ser observador es una cualidad maravillosa pero difícil en el mundo actual. María está atenta a todo lo que Dios le va comunicando de muchas maneras y sirviéndose de las criaturas... Observa a su alrededor y en todo encuentra "noticia de Dios".

Segundo, **ponderaba**. No basta observar, hace falta también **reflexionar** sobre lo observado, pensar. *Perdido está el mundo porque no hay quien recapacite en su corazón* (cf. Is 57,1), dice la Palabra de Dios. No basta con observar, hay que reflexionar. Varias veces dice el Evangelio que Ella daba vueltas en su corazón lo que el Señor le comunicaba y Ella no entendía: escucha, reza, pide, no pierde la paz ni la serenidad y espera... Al final siempre vence en Ella el Amor, del que nunca duda.

Y **estaba**. De la reflexión y de la ponderación sacaba la Virgen lo que más falta nos hace hoy: **permanencia**. Pase lo que pase, suceda lo que suceda, a lo Teresa de Ávila, con una grande y determinada determinación, de seguir el camino de la Encarnación, de la transformación en Cristo. «*Digo—dice la Santa— que importa mucho, y el todo, una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar a ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él*» (Camino 21). Este es el temple de los santos y mártires que se necesitan hoy y siempre para reformar la Iglesia, para cambiar el mundo.

¿Por qué pudo estar la Virgen al pie de la cruz? Porque durante toda su vida no hizo otra cosa más que conservar los rasgos, las palabras, los gestos, las actitudes de Jesús. Toda su vida fue eminentemente contemplativa, no tenía más que abrir los ojos para mirarle a Él,

niño en Belén y después en Nazaret o en la vida pública. No se le escapaba detalle, estaba siempre atenta para captar cualquier insinuación, cualquier palabra. Y luego, por la reflexión, todo lo metía tan hondo en su corazón que ya no se le escapaba jamás y adquiriría consistencia roqueña, granítica, para permanecer fiel cuando las tempestades de dolor y de sufrimiento destrozan su alma.

—«*Madre, tú eres la Iglesia. Ahora comprendo la fortaleza de un Francisco Javier en su ingente labor misionera. Ahora comprendo la fortaleza de todos los mártires... tú la recoges de Jesús Niño en el pesebre, y la vas comunicando a cada alma que se acerca a ti*».

Se comprende que diga el Concilio Vaticano II que la Iglesia, contemplando con amor filial a María a la luz del Verbo Encarnado, penetra con más profundidad en el altísimo misterio de la Encarnación y adquiere fuerzas para asemejarse a su Esposo, transformándose en Él (LG 8).

Y *María conservaba todas estas cosas, ponderándolas en su corazón*.

—«*Madre, enséñame a ser como niño, a desprenderme de cosas materiales, que es el primer escalón; de apegos a cosas de tierra, que es el segundo, y de mi propia voluntad y de mi propio juicio, que es el tercero, según me enseña San Ignacio (EE [14,6]). Porque Jesús Niño me está diciendo con sus ojillos resplandecientes de cielo: He venido a hacer la voluntad de Aquel que me envió. Mi comida es hacer la voluntad del Padre de los cielos (cf. Jn 4, 34).*

San Bernardo se detiene en profundizar en lo excelsa que es la Virgen por ser Madre de Dios. — ¿Qué Ángel, dice él, por muy elevado que sea, se atreverá a llamar con el nombre de hijo a Dios? Si los Ángeles se dan por muy contentos con ser los espíritus puestos al servicio del Señor y nada más... ¿cómo se va a comparar ninguno... ni todos juntos con aquélla que al Dios y Señor del Cielo le llama con toda verdad hijo suyo? Y sigue diciendo: Por tanto, si es hijo, a su madre estará sometido, a su madre obedecerá como lo hacen los buenos hijos... y así es, aunque parezca mentira, que Aquel a quien obedecen temblando los ángeles esté sujeto y sometido a obediencia a su Madre. — ¿Qué admiraremos aquí más... la dignación del Hijo o la excelsitud de la Madre? Por ambas partes el estupor y el milagro inaudito. ¡Dios obedeciendo a una mujer! No hay humildad como ésta. ¡Una mujer elevada sobre el mismo Dios! No hay sublimación comparable con ella... Si para todas las Vírgenes habrá una excelsitud especial en el Cielo..., ¿cuál será la reservada a la que va delante de todas, a la Virgen de las Vírgenes?

AL EMPEZAR UN AÑO NUEVO

María nos ofrece maternalmente la paz que el mundo necesita.

Para que haya paz verdadera, necesitamos de Cristo. Si Cristo no ocupa el lugar que le corresponde, no puede haber paz. María nos pide que pongamos a Cristo en el centro, dejando el pecado que es la guerra interior, para poder ser constructores de la Paz a todos los niveles.

María nos recuerda que si no vivimos en paz con Dios, no podemos vivir en paz con nosotros mismos ni con el prójimo. No podemos construir la paz. Nos pide en Lourdes y en Fátima el rezo asiduo del Rosario para obtener la conversión y la paz. Recemos el Rosario con María que presenta nuestra oración por la paz a su Hijo, Rey de la Paz.

Perseveremos unánimes en oración con María para que nos dé un Espíritu nuevo. Lo hacemos con el rezo, meditación y contemplación de los misterios de la vida de Cristo, Rey de la Paz, en el Rosario. Profundicemos en la verdadera devoción a María, Madre y Reina de la Paz. Acudamos a Ella, como hijos necesitados de su Madre.

¡Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra! Danos a Cristo que no podemos vivir sin Él. Danos la Paz que necesitamos.

1. Ejercicio de ORACIÓN para la semana

¡HAGAMOS ORACIÓN DE CONTEMPLACIÓN!

Buscamos la gracia de la Navidad. Queremos conocer más a Jesús para amarle más. *Conocerle para amarle. ¡Que el Niño nos robe el corazón!* porque a Jesús no se le puede conocer y no amarle; no se le puede amar y no seguirle e imitarle.

Hay que suplicar mucho a la Virgen: –«*Dios te salve, María. ¡Que le mire y que me deje mirar!*», repetiré muchas veces.

Intenta poner en práctica las actitudes contemplativas: como si presente te hallases en la escena:

Acercarte con confianza a la Virgen. Le pides que te entregue el Niño, que lo ponga en tus brazos pecadores pues ¡ha nacido para ti!... Lo tomas y lo estrechas contra tu corazón. Y luego dile a la Virgen: –«*Santa Madre del Verbo Encarnado, gracias por darme a Jesús. Quiero tenerlo en mis brazos, cerquita de mi corazón, para ser curado de mis enfermedades. Quiero adorarlo, amarlo y ofrecerme a Él como Tú. Sé que quiere tener necesidad de mi vida, de mi corazón y mis sentimientos para prolongar en mí hoy su encarnación. Madre, te quiero, me ofrezco, ayúdame. Aquí el esclavo del Señor, hágase en mí según tu Palabra*».

Es así como debes contemplar. En seguida notarás los frutos... A medida que el alma se despoja de sí misma se va haciendo indiferente a todo lo creado; Dios actúa más y más en ella, y va atrayendo hacia sí todas las facultades del alma: memoria, entendimiento, voluntad... el ejercicio de la oración se va simplificando, se hace mucho más sencilla, y la vida cotidiana también.

Porque la oración solitaria a solas con Él al principio del día se va proyectando a lo largo de toda la jornada. Vuelos del corazón al cielo la tachonan: cuando voy por la calle, cuando me pongo a estudiar o a trabajar, cuando me dicen algo que no me agrada... El alma no siente ya la necesidad de reflexionar mucho, de pensar mucho, de hablar mucho. La acción directa de Dios se hace mucho más eficaz. El alma se encuentra delante del Señor inmóvil; **adora, ama, se ofrece**. Sin moverse, se une íntimamente a la Divinidad a través de Jesucristo-Humanidad por un acto de amorosa adhesión.

Esta relación entre el alma y Dios se podía comparar a la unión que hay entre dos personas que saben lo que piensa el otro sin hablar, están en completa unión de sentimientos sin sentir necesidad de expresarlos. Esta es la contemplación: **el alma mira a Dios, ama, calla, adora, se ofrece**. Y Dios la mira, y la colma de riquezas. La fe se hace más penetrante; la esperanza más firme; la caridad se enardece. ¡Ven, Espíritu Santo! Porque es Él, sabiendo que nosotros no podemos orar, quien se mete en nosotros para hacerlo *con gemidos inenarrables*. ¡Ven, Espíritu Santo!

Textos Complementarios:

Texto 1: Preparada por el Altísimo, designada anticipadamente por los padres antiguos (San Bernardo)

El único nacimiento digno de Dios era el procedente de la Virgen; asimismo, la dignidad de la Virgen demandaba que quien naciere de Ella no fuere otro que el mismo Dios. Por esto, el Hacedor del hombre, al hacerse hombre, naciendo de la raza humana, tuvo que elegir, mejor dicho, que formar para sí, entre todas, una madre tal cual Él sabía que había de serle conveniente y agradable.

Quiso, pues, nacer de una Virgen inmaculada, Él, el inmaculado, que venía a limpiar las máculas de todos.

Quiso que su madre fuese humilde, ya que Él, manso y humilde de corazón, había de dar a todos el ejemplo necesario y saludable de estas virtudes. Y el mismo que ya antes había inspirado a la Virgen el propósito de la virginidad y la había enriquecido con el don de la humildad le otorgó también el don de la maternidad divina.

De otro modo, ¿cómo el ángel hubiese podido saludarla después como llena de gracia, si hubiera habido en Ella algo, por poco que fuese, que no poseyera por gracia? Así, pues, la que había de concebir y dar a luz al Santo de los santos recibió el don de la virginidad para que fuese santa en el cuerpo, el don de la humildad para que fuese santa en el espíritu.

Así, engalanada con las joyas de estas virtudes, resplandeciente con la doble hermosura de su alma y de su cuerpo, conocida en los cielos por su belleza y atractivo, la Virgen regia atraído sobre sí las miradas de los que allí habitan, hasta el punto de enamorar al mismo Rey y de hacer venir al mensajero celestial.

Fue enviado el ángel, dice el Evangelio, a la Virgen. Virgen en su cuerpo, virgen en su alma, virgen por su decisión, virgen, finalmente, tal cual la describe el Apóstol, santa en el cuerpo y en el alma; no hallada recientemente y por casualidad, sino elegida desde la eternidad, predestinada y preparada por el Altísimo para Él mismo, guardada por los ángeles, designada anticipadamente por los padres antiguos, prometida por los profetas.

Texto 2: Tres secretos y tres llaves (P. Tomás Morales)

María tiene tres secretos de amor. Una sinfonía de Amor en tres tiempos maravillosos. El primero, el **tiempo de la gracia**, de la caridad de Dios para con los hombres, su predilección por María, la llena de gracia. El segundo, el **tiempo de la virginidad**, de la respuesta de amor de María a Dios, entregándose a Él sin reservas. Flor de consagración y de redención. El tercer tiempo es la **Encarnación**, la plenitud de la sinfonía de la caridad, la expresión más perfecta del amor de Dios al hombre y del amor del hombre a Dios.

Para estos tres secretos, tres llaves. El primer secreto nos lo abrió la llave blanca del ángel Gabriel, cuando la saludó: *¡llena de gracia, llena de Dios, plena de amor!* Tendría ella trece o catorce años. Vivía en Nazaret, ciudad pequeña, desconocida en la geografía humana, pero para Dios era la capital del mundo. En ese Nazaret, jardín y torre (es lo que significa su nombre) vivía María, la niña de los tres secretos, la **llena de gracia**, siendo la gracia el mejor don que Dios puede hacer al hombre. Dios encerró, como en arca preciosa, este Tesoro en el alma de María, y lo encerró sin escatimar nada.

El segundo secreto nos lo abrió Ella misma, con su propia llave cuando dijo: *no conozco varón*, es decir, estoy consagrada a Dios por la integridad de mi virginidad, para Él solo. Así germinó en la tierra una flor desconocida, nunca vista hasta entonces: la **Virginidad**. A esta Flor es a la que se acercará el Espíritu Santo para cubrirla con su sombra y convertirla en Madre sin dejar de ser Virgen, para hacerla fruto permaneciendo siempre flor. «Abanderada de la virginidad», la llamará San Ambrosio. Es decir, la que toma en su mano esa bandera, la enarbola, y hace que luego, a lo largo de los siglos, miles de hombres y mujeres, renunciando al amor humano, abracen el camino de la virginidad. La abanderada, la capitana, será siempre la Virgen.

El tercer secreto es el mayor de todos, es la razón de ser de los otros dos; el secreto cuya llave la tiene el mismo Dios, según nos lo revela

Él mismo en las Sagrada Escritura. Una llave divina que abre el misterio oculto hasta entonces, incluso a los mismos ángeles: la **Encarnación** de Cristo en las entrañas purísimas de María. Es el *misterio escondido desde todos los siglos* (cf. Col 1,26) y revelado en estos momentos para la salvación del mundo.

Tres secretos de amor y tres llaves. Y ahora llego yo con mi cuarta llave: la de mi libertad loca, que tan pronto le cierra la puerta a Dios como se la abre al ladrón del amor y de la gracia, pues siempre estoy fluctuando entre dos corrientes: el mundo y Cristo.

Tengo que decir a la Virgen: —«*¡Madre! aquí tienes mi llave, ponla en tu llavero de los tres secretos. Quiero tener mi puerta abierta a la gracia, para que Cristo venga a mi vida. María, niña de los tres secretos y Madre. Ama de llaves de mi casa y de mi vida, ¡toma todos mis secretos y todas mis llaves!*».

Texto 3: Ofrecimiento a la Virgen como sus esclavos (San Ildefonso)

"¡Oh Señora mía y Soberana Señora, Madre de mi Señor, humildísima sierva de vuestro Hijo, Madre del Creador del mundo! Yo os ruego y os pido que me deis el espíritu de vuestro Hijo, mi Redentor, de tal manera que yo conozca cosas verdaderas y dignas de Vos, hable cosas verdaderas y dignas de Vos, y diga lo que de verdadero y digno debo decir de Vos." (Inicio de su libro *La perpetua virginidad de María*).

Ofrecimiento de sí mismo al servicio de María:

"Postrado a vuestros pies, ¡oh Virgen única, Madre de Dios!, ¡Oh Cooperadora de la Encarnación de mi Dios!, yo, siervo de vuestro Hijo, os ruego me concedáis el unirme firmemente a Dios y a Vos, el someterme a Vuestro Hijo y a Vos, el seguir a Vuestro Hijo y a Vos. A Él como a mi Creador; a Vos como a la Madre de mi Creador; a Él como al Señor de los ejércitos, a Vos como a la sierva del dueño de todas las cosas; a Él como a Dios, a Vos como a la Madre de Dios; a Él como a Redentor; a Vos, como el instrumento de mi redención...

Si yo soy vuestro siervo, es porque vuestro Hijo es mi Señor. Vos sois mi soberana, porque sois la esclava de mi Señor. Yo soy siervo de la Sierva de mi Señor, porque vos, mi Soberana, sois la Madre de mi Señor.

¡Oh Jesús, que yo pueda servir a vuestra Madre de forma que pueda demostraros que estoy a vuestro servicio! Reine Ella sobre mí, para que yo esté seguro de agradaros a Vos.

No disminuya jamás su dominio sobre mí para que eternamente seáis Vos mi Señor...

Si deseo llegar a ser el siervo fiel de la Madre, es para ser siervo fiel del Hijo.

Si quiero servir a su Madre, es para que el Hijo sea mi Señor. Para demostrar que estoy al servicio del Señor, doy como prueba el dominio que su madre ejerce sobre mí..., porque servir a su esclava es servir al Señor, y redundará en honor del Hijo todo lo que se concede a la Madre, como se convierten en honor del rey los homenajes de sumisión a la reina.

¡Con qué entusiasmo deseo ser siervo de esta Soberana! ¡Con qué fidelidad me quiero someter a su yugo! ¡Con qué perfección intento ser dócil a sus mandatos! Con qué ardor trato de no sustraerme a su dominio! ¡Con qué avidez deseo de no dejar de estar nunca en el número de sus verdaderos siervos!

Séame pues concedido el servirla por deber; que sirviéndola merezca sus favores y pueda ser siempre irreprochable siervo suyo." (Sobre la perpetua virginidad, Cap. 12)

Texto 4: Admirable maternidad de María (Ildefonso Rodríguez Villar)

Es muy admirable, según San Bernardo, lo que se da en este grandioso misterio..., conjunto de humildad..., de virginidad..., de fecundidad. — Una virginidad singular..., única..., no reñida, sin embargo, sino unida íntimamente a otra singularísima... y también única fecundidad... Y uniendo a ambas... o como el fundamento de las mismas una humildad también singular..., también única. — Y todo esto es la Maternidad de María.

Detente muy despacio a considerar cada uno de los elementos de este bellissimo conjunto...: aquella virginidad que el Señor exige en la que ha de ser su Madre..., el amor de María a esta virtud que tantas veces has considerado..., el modelo que en esta virtud ha servido a tantas almas que por María y con María han conocido... y se han enamorado de esta virtud. — ¿Quién más Virgen que María?... y no obstante, ¿quién más fecunda que Ella?... ¿quién más Madre que la Virgen?... y a la vez, ¿quién más humilde que esta Virgencita que es elevada a esta dignidad tan excelsa... y que Ella la recibe con tanta humildad?...

Dime, sigue diciendo el Santo, ¿qué crees que es más digno de admiración en este tan admirable conjunto... la estupenda fecundidad de esta Madre..., la integridad de esta Virgen..., la sublimidad de su prole... o la humildad que se junta con tanta sublimidad?... Cada una de estas cosas era suficiente para que no cesáramos de admirarla... — Pues ¿qué será el conjunto de todas ellas?...

Por tanto, si Dios es admirable en todos sus actos, ¿qué será en su Madre, donde se dan cita todas las virtudes y todas las grandezas y sublimidades de la santidad?...

Abístrate ante esta figura de María Madre de Dios... Gózate y alégrate en ella..., dale la enhorabuena y dásela a toda la creación, pues toda ella participa de los frutos de esta Divina Maternidad.

2 y 3. Ejercicio de CARIDAD y de ABNEGACIÓN para esta semana

Tenemos que aprender el "estilo de Belén" y practicarlo, llevarlo a la vida. Belén es **escuela de amor y de dolor**. Nos muestra con una sencillez y una belleza conmovedora los gustos de Dios y su plan esencial para salvar al mundo. Mirando Belén comprendemos que al Señor le gusta la humildad, la sencillez, la pureza, la pobreza, la obediencia, le gusta **desaparecer amando** en cada momento... La cuna de Jesús apunta al Calvario.

El ejercicio de la oración contemplativa nos ayuda a vivir más sobriamente según los caminos de Dios que son muy distintos de nuestros caminos. Y es que Jesús nos enseña a vivir sobriamente y amorosamente. Sin hacernos violencia, con naturalidad... porque el que avanza más libre y seguro por la carretera es el que mejor se ajusta a las leyes de la circulación... La ley de Dios me libera. Y me enseña pobreza y austeridad no sólo al nacer, sino en toda su vida, porque la Encarnación no es más que el cimiento, la piedra angular sobre la cual, una a una, van a ir colocándose otras: Infancia, vida oculta, vida pública, pasión, muerte y resurrección, ascensión... Y los misterios de Cristo son los míos...

Ejercítate en el **espíritu de renuncia**: quedarte con lo peor; no hacer gastos inútiles; no te quejes de nada ni critiques nunca a nadie. Todo, mirando al Niño.

FELIZ NAVIDAD, Y PRÓSPERO Y SANTO AÑO NUEVO 2021